

# Culpa colectiva, perdón y justicia: la expulsión de los sudetoalemanes en la literatura checa contemporánea

## (Katerína Tučková y Radka Denemarková)

Jorge Nicolás Lucero

Universidad Nacional de Lanús, Buenos Aires, Argentina

Universidad Argentina de la Empresa, Buenos Aires, Argentina

lucerojorgen@gmail.com

El trabajo aborda las representaciones en la literatura checa de la expulsión de los ciudadanos de origen alemán de los Sudetes checos acontecida al finalizar la Segunda Guerra Mundial. La literatura del siglo xx configura la idea de un pueblo alemán totalmente responsable por los crímenes nazis en Checoslovaquia (culpa colectiva), lo cual permitía justificar la deportación de cerca de tres millones de personas en razón de su origen. Sin embargo, en nuestro siglo las novelas *La expulsión de Gerta Schnich* de Katerína Tučková y *El dinero de Hitler* de Radka Denemarková ofrecen una representación diferente de los sucesos, mostrando las acciones criminales del pueblo y el gobierno checos sobre los alemanes. Analizamos estas novelas, que cuestionan fuertemente el concepto de culpa colectiva, a partir de los conceptos de perdón y justicia tal como Jacques Derrida los estudió hacia finales de los años 90.

*Palabras clave:* literatura checa; Radka Denemarková; Katerína Tučková; Jacques Derrida; culpa colectiva; perdón.

Cómo citar este artículo (MLA): Lucero, Jorge Nicolás. “Culpa colectiva, perdón y justicia: la expulsión de los sudetoalemanes en la literatura checa contemporánea (Katerína Tučková y Radka Denemarková)”. *Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 27 núm. 2, 2025, págs. 17-38.

Artículo original. Recibido: 15/01/25; aceptado: 13/03/2025. Publicado en línea: 01/07/2025.



### **Collective Guilt, Forgiveness and Justice: The Expulsion of Sudeten Germans in Contemporary Czech Literature (Katerína Tučková and Radka Denemarková)**

This article deals with representations in Czech literature on the expulsion of ethnic Germans from the Czech Sudetenland at the end of World War II. 20<sup>th</sup> century literature depicts the german people as being totally responsible for Nazi crimes in Czechoslovakia (collective guilt), which tries to justify the deportation of nearly three million people on the basis of their origin. However, in our century, the novels *The Expulsion of Gerta Schnich* by Katerína Tučková and *Hitler's Money* by Radka Denemarková offer a different representation of the events, showing the criminal actions of the Czech people and government against the germans. We analyze these novels, which strongly question the concept of collective guilt, based on the concepts of forgiveness and justice as studied by Jacques Derrida in the late 90s.

*Keywords:* Czech literature; Radka Denemarkova; Katerína Tučková; Jacques Derrida; collective guilt; forgiveness.

### **Culpa coletiva, perdão e justiça: a expulsão dos alemães dos Sudetos na literatura checa contemporânea (Katerína Tučková e Radka Denemarková)**

O artigo trata das representações, na literatura tcheca, da expulsão dos cidadãos de origem alemã dos Sudetos no final da Segunda Guerra Mundial. A literatura do século XX representa o povo alemão como totalmente responsável pelos crimes nazistas na Tchecoslováquia (culpa coletiva), algo que justificou a deportação de quase três milhões de pessoas com base em sua origem. No entanto, neste século, os romances *Vyhnaní Gerty Schnirch*, de Katerína Tučková, e *Peníze od Hitlera*, de Radka Denemarková, oferecem uma imagem distinta dos eventos, ao mostrar as ações criminosas do povo e do governo tchecos em relação aos alemães. Analisamos esses romances, que questionam fortemente o conceito de culpa coletiva, com base nos conceitos de perdão e justiça, tal como Jacques Derrida os estudou no final da década de 1990.

*Palavras-chave:* literatura checa; Radka Denemarkova; Katerína Tučková; Jacques Derrida; culpa coletiva; perdão.

## Introducción: la culpa colectiva

**C**ON LA DISOLUCIÓN DEL IMPERIO austrohúngaro, la derrota alemana y el nacimiento de la Primera República Checoslovaca en 1918, emerge el llamado conflicto de los Sudetes, una región ubicada en las fronteras de Bohemia, Moravia y parte de Silesia, habitada por un gran número de alemanes étnicos, pero que desde ese momento formó parte de las tierras checoslovacas. Durante las décadas siguientes, los sudetoalemanes experimentan una exclusión política que el nazismo aprovecha en su búsqueda por anexar la región al Tercer Reich. Esto se concreta en 1938 en los Acuerdos de Múnich. Al año siguiente, Hitler invade Checoslovaquia y se funda el Protectorado de Bohemia y Moravia. La opresión y el control del régimen nazi sobre los checos se agudizó con la llegada del comandante de las ss Reinhard Heydrich, designado como *Reichsprotector* en 1941. Se impone la ley marcial, y varios intelectuales y políticos checos son encerrados y ejecutados. Bajo este clima, los Aliados intentan incursionar en el territorio con la Operación Antropoide, con el propósito de organizar la resistencia checa para matar a Heydrich. A finales de ese año, se ejecuta la Operación y con ello surgen fuertes represalias. Además de varios fusilamientos civiles en Praga, ocurre la conocida masacre del poblado de Lídice, en la cual se fusila a la enorme mayoría de los hombres de este poblado, mientras que mujeres y niños acaban en campos de concentración (en los que, eventualmente, muchos mueren).

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, la República Checoslovaca se restaura y recupera la totalidad de los Sudetes. Tras la conferencia de Potsdam, el presidente en el exilio Edvard Beneš promulga una serie de decretos para reorganizar la sociedad checoslovaca luego de la ocupación. En particular, cuatro de estos decretos exponen una nueva legislación que afectará al pueblo sudetoalemán y a los demás habitantes de naciones colaboracionistas: el decreto 5/1945 “[s]obre la nulidad de algunos derechos de propiedad durante la época de la ocupación y sobre la administración nacional de propiedades de los alemanes, húngaros, traidores y colaboracionistas y de algunas organizaciones e institutos”; el 12/1945 “[s]obre la confiscación y distribución inmediata de los bienes de los alemanes, húngaros, así como de otros enemigos y traidores del pueblo checo y eslovaco”; el 28/1945 “[sobre la repoblación de las tierras agrícolas de alemanes, húngaros y otros enemigos

del estado de los checos, eslovacos y demás agricultores eslavos”; y el 33/1945 “[s]obre la regulación de la ciudadanía checoslovaca para personas de nacionalidad alemana y húngara” (Beneš, “Dekret č. 5/1945” s.p.). De esta manera, entre 1945 y 1946, el gobierno expulsa y confisca las propiedades de cerca de tres millones de alemanes checoslovacos, salvo excepciones muy específicas —estar en matrimonio con un ciudadano checo o eslovaco, por ejemplo—. El proceso de expulsión implica un sinnúmero de crímenes no sistemáticos sobre la población sudetalemana: aprisionamiento, violación, sometimiento a la esclavitud, escasez de alimentos y falta de atención médica. Uno de los más recordados corresponde a la llamada Marcha de la Muerte de Brno, donde se estima que de un grupo de 20 mil personas, cerca de 5 mil murieron antes de finalizar la deportación (Staněk 325).

La expulsión de los alemanes durante los primeros diez meses de la posguerra reposaba en dos tipos de justificación. Por un lado, la retórica nacionalista de lograr un estado checo puro y un lugar donde, tras dicha purificación, como sostendrá el comunismo en ascenso, el paraíso socialista tendría lugar. Por otro lado, se impone la idea de la culpa colectiva. Por dicho concepto debe entenderse una extensión de la responsabilidad de las autoridades de un grupo hacia todos los miembros de dicho grupo. En el caso del nazismo, la culpa colectiva identifica o equipara la pertenencia al Tercer Reich con la complicidad moral directa por los crímenes del estado nazi. Una conocida reflexión crítica sobre este concepto aparece en *El problema de la culpa* del filósofo Karl Jaspers, quien, al diferenciar la culpa política de la culpa moral, decía:

¿Tenemos que responder nosotros los alemanes por las atrocidades que hemos sufrido por parte de alemanes o por aquéllas otras de las que nos hemos librado milagrosamente? Sí, en tanto que hemos tolerado el surgimiento de un régimen tal entre nosotros. No, en tanto muchos de nosotros en nuestro fuero interno éramos contrarios a toda esa maldad. (80)

Sin embargo, el discurso de la culpa colectiva poseía un aval político por parte de los Aliados, y ello se expresó inmediatamente en la política checoslovaca. Beneš, en un discurso de 1945 en conmemoración del aniversario de lo ocurrido en Lídice, afirmaba que el pueblo alemán había simpatizado en su mayoría con el régimen nazi, y por ello “los alemanes, como un todo, son responsables [...].

Lídice es algo típico de los alemanes. Y no podemos olvidar que los principales creadores, colaboradores y ejecutores de este crimen fueron alemanes de Bohemia” (Beneš, *Odsun* 143).<sup>1</sup> El discurso oficial, de esta manera, responde a una política de la memoria que se expandió por Europa central y que el historiador Tony Judt describe como la emergencia de dos clases de memoria y dos clases de vocabulario moral: uno sobre las cosas que los alemanes habían hecho durante la guerra a los demás pueblos, y otro sobre lo que esos pueblos le hicieron a los alemanes tras la guerra (298). Esta última clase de memoria se barrió bajo la alfombra, lo que dio lugar a una mitología donde la resistencia adquiere los caracteres opuestos a los de los nazis: si los últimos son culpables, los primeros son inocentes, si ser alemán o colaborar con ellos implicaba culpa, ser antialemán implicaba redención.

Hoy en día, este evento sigue constituyendo un verdadero tema tabú dentro de la sociedad checa, cuya historia oficial siempre puso énfasis en los hechos ocurridos durante el Protectorado de Bohemia y Moravia, y no en los acontecimientos posteriores. Las pocas expresiones disidentes y autocriticas a los procedimientos de la expulsión fueron escasas al principio, y luego directamente silenciadas durante el período comunista. La política, la academia, los medios y hasta la literatura de la posguerra construyeron una representación moral de lo alemán y de lo checo que justificaba la expulsión y sus consecuencias. En particular, la literatura en los inicios del período comunista abordó la cuestión de la culpa colectiva y del sentimiento de culpa de los checos como pueblo esencialmente “pacífico” ante este evento.

## **1. La expulsión en la literatura de la posguerra: la inevitable venganza**

En su artículo “Moral Limits’: The Expression and Suppression of Guilt in Czech Post-War Writing About the Borderlands”, Rajendra Chitnis explora las representaciones de este conflicto en el periodismo y la literatura de Checoslovaquia. Según la autora, podemos observar en las obras literarias una fuerte distorsión de la culpa criminal (responsabilidad por actos objetivamente demostrables) y la culpa moral (la reacción individual frente a dichos actos) que contribuyeron a fortalecer el imaginario de la culpa colectiva alemana. No obstante, existieron algunas personalidades que buscaron una visión relativamente autocritica. Un

---

<sup>1</sup> Esta y todas las traducciones del checo son mías.

ejemplo tomado por Chitnis es el periodista Michal Mareš (1893-1971), quien a través de sus columnas y entrevistas publicadas en los semanarios *Dnešek* (*La actualidad*) y *Svobodné noviny* (*Noticias libres*) observaba críticamente la expulsión y apostaba a una “chequización” de los alemanes. En este sentido, fue una de las pocas voces que rechazaron la culpabilización colectiva, y que advertía la velocidad de las medidas de expulsión y la violación de leyes contra los alemanes (24-25). De hecho, Mareš comenzó a utilizar la expresión “métodos de la Gestapo” para referirse a las atrocidades cometidas durante los primeros años de la liberación. Una de las razones que explican la poca repercusión de estas voces es la política de olvido que el Partido Comunista Checoslovaco impuso en relación con los hechos del período: Mareš, afiliado al Partido, fue profundamente criticado, censurado, luego expulsado y encarcelado por ocho años.

En efecto, durante los primeros años del comunismo pueden encontrarse aquellas representaciones literarias que construirán la idea de la expulsión de los sudetosalemanes como algo inevitable, en razón de una reparación por los crímenes cometidos durante la guerra y como algo necesario con vistas a la construcción de una sociedad checoslovaca según su naturaleza (pacífica y democrática) y su futuro (socialista). Esto se puede constatar especialmente en las novelas *Dům na zeleném svahu* (*La casa en la colina verde*) de Anna Sedlmayerová (1912-1995), publicada en 1947, y *Nástup* (*El ascenso*) de Václav Řezáč (1901-1956), publicada en 1951.

Ambas obras abordan el tema de la responsabilidad alemana con el fin de disipar cualquier sentimiento de culpa por las deportaciones. *Dům na zeleném svahu*, en un estilo que se encuentra a medio camino entre el realismo socialista y la novela burguesa, relata las experiencias de Renata, quien con su marido Tomáš se mudan a Bohemia del norte, descrita en la novela como un futuro paraíso socialista. El personaje de Renata experimenta la culpa por la expulsión de alemanes cercanos. Siente pena por los niños alemanes que tendrán que irse de Bohemia, y en particular por su mucama Greta. Si bien Renata “odia al pueblo [alemán] como un todo [...] en Greta ve a una madre, en su hija a una tierna niña” (Sedlmayerová 171). La representación de lo alemán, a su vez, muestra en espejo una exaltación de la imagen checa como un pueblo esencialmente pacífico (un *topos* de la identidad checa que tiene sus orígenes en el Renacimiento Nacional del siglo XIX). Por ejemplo, el personaje del señor Schulz jura a Tomáš que no es un simpatizante nazi y enfatiza que “si los pueblos fueran cómo el de ustedes [los checos], no habría

guerras en la historia” (173). Luego de su expulsión, que apena al resto, se encuentra un documento donde él mismo declaraba que “El Führer nos liberó del infame gobierno de checos y judíos” (253).

Por su parte, en *Nástup* puede encontrarse el típico relato de una utopía socialista cuya interpretación aliviadora de la historia se impregnó en el imaginario de la sociedad checoslovaca. A partir de las vivencias de cuatro protagonistas (Jiří, Antonín, Antoš y Jan), los cuales son o se convertirán en comunistas, se relata el conflicto con una resistencia alemana en la frontera de Grünbach. La prosa sencilla y cronológicamente lineal de Řezáč quiere mostrar el paso del caos dado por lo germano (la guerra y el cierre de la fábrica textil) hacia el orden dado por lo checo (la reapertura de la fábrica y el renacimiento de la ciudad). Como en la novela anterior, hay una búsqueda por mitigar cualquier crítica o remordimiento por la expulsión. Por ejemplo, a través del personaje de Galčík, funcionario del Partido, se desestima una potencial crítica a estas acciones: “Esto no se trata de una venganza, es el desarrollo lógico del principio revolucionario. Acabaremos con el fascismo alemán, moveremos el terreno para un nuevo ataque y, al mismo tiempo, asestaremos un golpe fatal a nuestra propia burguesía” (Řezáč 24). A diferencia de la novela de Sedlmayerová, donde se aborda cierta culpa moral y pesar por el destino de aquellos alemanes que Renata conoce, en la novela de Řezáč se encuentran caracterizaciones más estereotipadas de la familia alemana, como padres y madres violentos, o hermanos cobardes, que anulan en los protagonistas cualquier crítica sobre los hechos, dado que un cuestionamiento de este tipo queda asociado directamente al imaginario burgués. Dicha asociación se encuentra particularmente en el personaje del doctor Markov, quien tiene reservas sobre la deportación de los alemanes, pero esta preocupación queda reducida al liberalismo político y al puro interés individual de gozar de las importaciones occidentales.

## **2. Lo imperdonable: el revisionismo en la nueva literatura checa de nuestro siglo**

Pasarán 44 años de las expulsiones para que la historia oficial se vea modificada, es decir, recién a partir de la Revolución de Terciopelo, proceso que dio fin al período comunista. La primera expresión conocida sobre el asunto es pronunciada por el líder de la disidencia y futuro presidente, Václav Havel. En una carta al entonces presidente de la Alemania Federal,

Richard von Weizsäcker, Havel describe el hecho como un “crimen” y “un acto inmoral que perjudicó gravemente no solo a los alemanes, sino también a los propios checos, tanto en lo moral como en lo material. Responder ante el mal con mal, no lo elimina, sino que lo prolonga” (s.p.). Más aún, recién durante 2005 el gobierno checo otorgó un reconocimiento oficial a los alemanes antifascistas que habitaron los Sudetes (Táborská s.p.).

En la literatura checa de principios de este siglo, enmarcada en lo que se denomina generación poskunderista,<sup>2</sup> se observa que la Segunda Guerra Mundial y las primeras décadas de la posguerra constituyen una rica fuente de inspiración para muchos de los autores y autoras. La culpa, el perdón, la venganza, el castigo y la reparación son elementos recurrentes en gran parte de la nueva literatura checa. Si bien es cierto que entre las escritoras existe una tendencia a trabajar estos temas dentro de dramas privados e intimistas, fueron dos de las más afamadas e interesantes autoras de la actualidad las que se sumergieron, sin alegorías y en fidelidad con los hechos, en la cuestión de la expulsión y las consecuencias de la culpabilización colectiva a los alemanes. En 2006 Radka Denemarková (1968-) publica *Peníze od Hitlera* (*El dinero de Hitler*) y en 2009 sale a la luz *Vyhánání Gerty Schnich* (*La expulsión de Gerta Schnich*) de Kateřina Tučková (1980-). Ambas novelas fueron premiadas: Denemarková obtuvo el premio Magnesia Litera en prosa 2007, el premio literario Usedom en 2011 y el Georg Dehio en 2012; Tučková, el premio Magnesia Litera en prosa de 2010. Asimismo, las dos novelas nos proponen un desmantelamiento del imaginario dado por Sedlmayerová y Řezáč, y enfatizan el desarrollo de sus personajes en las complejidades y ambigüedades propias de los procesos de la expulsión. Ya no se trata en estos casos de la justificación de las acciones, o de su pura condena como una repetición de un daño infligido anteriormente, sino de las posibilidades y límites del perdón y la reparación.

Esos tópicos forman parte de la reflexión del filósofo Jacques Derrida durante la década de 1990. Derrida afirmaba que una característica fundamental del perdón consiste en que, en su sentido profundo y puro, “nunca pedimos perdón más que por lo imperdonable” (*Le parjure et le pardon* 134).<sup>3</sup> Todo pedido de perdón apunta a lo imperdonable en tanto el perdón es en sí mismo

2 La generación post-Kundera engloba a aquellos escritores y escritoras que inician su obra durante la década de 1980, luego de la repercusión mundial del escritor.

3 Esta y todas las traducciones del francés son mías.

indecible, esto es, “heterogéneo a toda determinación en el orden del saber”, pues ninguna concreción es capaz de asirlo en su totalidad (52). Asimismo, las disculpas oficiales que algunas naciones han hecho sobre lo acontecido en la Segunda Guerra advierten la existencia de “una dimensión no jurídica del perdón y lo imperdonable, donde llega a suspenderse e interrumpirse el orden habitual del derecho” (34). En dicha dimensión, más allá del derecho, se expresa la posibilidad de perdonar, así como la posibilidad de la justicia, nociones que Derrida observa en una asimetría con el derecho, pues tanto la justicia como el perdón consisten en una “experiencia de aquello que no se puede tener experiencia” (*Fuerza de ley* 38). A partir de las protagonistas de sus respectivas obras, Tučková y Denemarková exploran esta dinámica de experiencia “imposible” en torno a la justicia y el perdón, y la dificultad inherente para encuadrar la obtención de justicia o perdón desde el conflicto que edifica la vida de estos personajes.

### **2.1. Tučková: la (im)posibilidad del perdón**

*Vyhání Gerty Schnich* responde al género de novela histórica, y se centra en los acontecimientos de la arriba mencionada Marcha de la Muerte de Brno, ocurrida el 30 y 31 de mayo de 1945. La historia toma como protagonista a Gerta, hija de Friedrich, alemán, y Barbora, checa. Desde comienzos de la guerra, la adolescente Gerta va observando la tensión al interior de su hogar por esta doble identidad. Su padre alista a su hermano (también llamado Friedrich) en las Juventudes Hitlerianas, y ella también asiste esporádicamente a esas reuniones, pero se siente cada vez más checa debido a la conexión con su madre, a la amistad que desarrolla con Janinka y a su noviazgo con Karel. En el inicio de la historia, Tučková resalta la polaridad checo-alemana, al igual que las novelas de la posguerra, pero a través de los roles de género: por un lado, mujeres checas frágiles en medio de un conflicto que no decidieron, y por el otro hombres alemanes cada vez más convencidos del hitlerismo, con una violencia creciente (al punto que Friedrich padre prohíbe hablar checo en casa). En su regreso a Brno, años después de la expulsión, Gerta rememora el regalo que le hizo su padre de unas calcetas blancas, típicas de las Juventudes Hitlerianas:

El padre Friedrich y su hijo Fridríšek [...] como dos héroes con un gran futuro por delante, que formarán parte de la dominación mundial. Y tras ellos dos, mamá, su retaguardia, ingresando al terreno que los más valientes y hábiles del regimiento ya habían conquistado [...]. Gerta recuerda cuánto deseaba estar en el frente, en el primer pelotón, con ellos. [...] Recordó cómo, al día siguiente de uno de estos paseos, ella le había dejado en casa un paquete que contenía unas calcetas que llegaban hasta la rodilla, de un blanco brillante. Se las puso de inmediato y las usó hasta que su padre regresó de la oficina por la noche. Cuando vio a Gerta, le dio una palmadita en la espalda a su madre y mostró aires de triunfo. Fue entonces cuando Gerta empezó a comprender que la familia se había dividido en dos bandos. Se reveló con esa sonrisa orgullosa hacia el rostro encorvado de su madre, que le sonreía amorosamente a Gerta, queriendo verla satisfecha. Los calcetines blancos hasta la rodilla que tanto había anhelado y que podrían haberla acercado al mundo de sus admirados héroes, de repente comenzaron a arder en sus pantorrillas como si hubieran sido tejidos con fuego. [...] Los usó solo una vez [...] todo eso fue antes de que Gerta comprendiera que ella y su madre nunca serían suficientes para los Friedrich, los elegidos. Luego las cosas cambiaron en su casa y Gerta ya no recuerda que salieran a pasear. Excepto un último día, detrás del ataúd de su madre. (228)

La madre de Gerta veía en el nazismo un lavado de cerebro. Aun así, aboga por mantener las mejores relaciones posibles con sus coterráneos, como la vecina alemana Anne Marie y la señora Goldstein, a quien ayuda con la compra de alimentos para su bebé, pues ella no puede ir en las horas designadas para los judíos.

La situación deviene cada vez más tensa en la casa de Gerta por la radicalización de los varones Schnich. Con la muerte de la madre y el posterior envío de su hermano al frente de guerra, Friedrich padre alcanza el punto más alto de su perversión: somete diariamente a Gerta, la esclaviza, la aterroriza, la viola y la embaraza. Ella, apelando a la memoria de su madre, conserva a la bebé y la nombra Barbora.

Con el final de la guerra se manifiesta un odio total hacia los alemanes. La novela resalta esta cuestión en un momento histórico específico, la llegada de Benes a Brno en 1945, en los preparativos de la expulsión. Gerta se pierde con Barbora en sus brazos entre la multitud que recibe eufórica al presidente:

“las manos alzadas sobre la cabeza de la gente frente a ella se ven como púas de puercoespín, apuntando en todas las direcciones y amenazando con apuñalarla” (80). A través de Gerta, una checa alemana, la concepción de la culpa colectiva no puede mostrarse como un justificativo, sino como un lugar de commoción. Gerta ya no solo deja de ser checa a los ojos de sus vecinos, sino que también deja de ser humana. Desde un balcón, Beneš proclama: “*Este pueblo ha dejado de ser en absoluto humano, y ya no es tolerable para los humanos. A nuestros ojos, solo es un monstruo humano*” (81). Asimismo, en ese instante ella no podía verse a sí misma entre los checos:

La plaza tembló con el clamor unánime de miles de personas. Gerta hundió su rostro en el cabello de Barbora, que lloraba, apretándola contra su pecho, en su vientre, atrayéndola hacia sí misma, con el más terrible de los miedos, porque en ese mismo momento, entre los gritos y silbidos de la gente que la rodeaba, se dio cuenta de que nunca podría formar parte de esa masa, de esa multitud que aliviaría, mediante la venganza, el remordimiento y el dolor de haber perdido a familiares, amigos y conocidos. (82)

Gerta, solamente con Barbora y algunos objetos personales, es deportada junto a casi la totalidad de los alemanes de Brno con rumbo a Austria, que son escoltados o vigilados por soldados para llegar a Pohořelice. Gerta observa a lo largo de su trayecto los efectos devastadores de la expulsión: pilas de mujeres y niños muertos, violaciones, la proliferación del tifus. Gracias a un granjero, Šenk, Gerta y otras mujeres logran ir de Pohořelice a Perná, para asentarse en la cabaña de la casera Zipfelová y conseguir un trabajo en las minas de Jáchymov, donde pasará cerca de siete años hasta su retorno a Brno. En la designación de este empleo, Gerta tiene una conversación con el administrativo Hanák, quien, firmemente convencido de la culpa colectiva, afirma:

Pero mira, eso no puede funcionar. Hay que separar a ambos grupos. No se puede contar con que alguien resentido con el Estado checoslovaco se comprometa a fortalecerlo, ¿no? ¿Dónde terminaríamos? Justo donde empezamos, ¿no? En esto, Beneš dice verdad de Dios. [...] Además, tienes que trabajar todo lo que lograste tomar de aquí. No estamos hablando de nimiedades, ¿verdad? Piensa en todo lo que los alemanes se llevaron al buche. Cuadros y joyas de Praga... ¡Acaba de salir algo en el periódico sobre eso! Y todas las cosas que nos han

robado, la cantidad de cosas que se llevaron de Brno. Y luego están todas las cosas que se han llevado los particulares para sí mismos. ¡Deberían cerrar la boca! ¡Y trabajar duro! ¡Trabajen duro y den gracias por dejarlos con vida, ¿entienden? (171)

A lo largo de su estancia en Perná y su regreso a Brno, Gerta solamente puede vincularse con quienes padecieron el destierro y sus injusticias: Johanna, Hermína, Teresa, a todas ellas “el pasado seguía persiguiéndolas, estaba siempre presente, incluso luego de veinticinco años se negaba a liberarlas [...]. Y los que ella culpaba de arruinar su vida no estaban por ningún lado” (350). Gerta no siente más que remordimiento y pesar por los acontecimientos que ha atravesado. Su regreso a Brno no implicó la recuperación de su hogar, sino el confinamiento en un trabajo de almacenera y una relación conflictiva con su hija. En la penúltima parte de la novela, Tučková toma la voz de Barbora para explicar este rencor perenne: “Era como si dentro de mi madre vivieran dos mujeres completamente diferentes. Una era la mujer alemana agraviada, que había sido expulsada de su casa, y la otra era una mujer alemana superior, que miraba a los checos que vivían en su comunidad con desprecio. Ambas mujeres eran alemanas. La mujer checa, con la que siempre se había identificado, parecía haber desaparecido” (385). Gerta no alcanza ni busca una reconciliación con el pasado de la expulsión, pues el perdón que aquí se necesitaría no se aboca a lo irreparable de los hechos, sino a la dimensión entre la víctima y el victimario. Como expresa Derrida, el perdón puro está constituido por una intimidad radical, solo puede darse entre quien cometió la falta y quien la sufrió (*Le parjure et le pardon* 46-48); si a quienes Gerta culpaba de arruinar su vida no estaban, ya sea por su ausencia física, como su padre, o por la banalidad del sistema, como los diferentes administrativos que condicionan su estadía y trabajo, el perdón resulta imposible.

Hacia el final de la penúltima parte de la novela, puede encontrarse otra característica paradójica del perdón. La familia y amigos de Gerta deciden escribir una carta a la alcaldía de Brno para exigirles el reconocimiento de los sucesos de la Marcha de la Muerte en su quincuagésimo quinto aniversario. En este pasaje se advierte aquello que el filósofo francés consideró sobre la intimidad del perdón: su consecuente incondicionalidad, fuera de todo cálculo y en ausencia de cualquier espera de retribución. Derrida remarca la existencia de una “globalización del perdón” bajo la forma de acusaciones y declaraciones de arrepentimiento por crímenes contra la humanidad, una

“inmensa escena de confesión en curso” (*El siglo y el perdón* 11). Esta clase de perdón no es más que un perdón condicionado, ajustado al pedido o a la búsqueda de una expiación. Barbora, Johanna y su nieta Blanka se reúnen en el hospital donde se encuentra internada Gerta. Ya transcurrió una década desde la Revolución de Terciopelo que puso fin al comunismo. Primero, comienzan a leerle algunas cartas de su amiga de Petná, Teresa, las cuales nunca había recibido por las restricciones comunistas. Gerta apenas puede comunicarse con gestos, pero se encuentra consciente. Inmediatamente después, deciden leerle la carta que ellas prepararon y habrán de enviar al ayuntamiento de Brno. Algunos pasajes de esta extensa carta dicen lo siguiente:

*Honorable Alcalde y honorables miembros del Consejo de la ciudad de Brno:  
El día treinta de mayo del año dos mil se cumplirán cincuenta y cinco años de  
la expulsión forzosa de los residentes alemanes de Brno. [...]*

*Es importante tener en cuenta que esta acción violenta estaba dirigida específicamente contra las mujeres, los niños y los ancianos, que constituyan la mayoría de los participantes y las víctimas. [...] Entre los expulsados, también había muchos checos y antifascistas alemanes. Sin embargo, este acto de represalia solo afectó marginalmente a quienes habían participado activamente en las atrocidades nazis. [...]*

*Somos plenamente conscientes de los crímenes incomparablemente más amplios cometidos por el régimen nazi. Al mismo tiempo, nos damos cuenta de que el sufrimiento sigue siendo sufrimiento, quienquiera que lo cause y en cualquier momento. Incluso durante la expulsión de los alemanes de Brno se aplicó el inaceptable principio de culpa colectiva y se cometió un crimen contra un grupo de población definido sobre la base de su origen étnico. Considerando que la aplicación de estos principios incluso hoy en día conduce a atrocidades en muchas partes del mundo, conocemos el valor de su rechazo explícito. Por ello, los convocamos a Uds., como actuales representantes de la ciudad de Brno, para que denuncien categóricamente estos acontecimientos, de los que era responsable la representación política de Brno de aquel entonces. (395-397)*

Blanka espera una respuesta de su abuela y Johanna festeja lo bien escrita que está la carta. Sin embargo, la reflexión interior de Gerta, antes de caer en coma, expresa la dificultad de la condicionalidad del acto:

Suena lindo, se dijo a sí misma, lindo. Parece como si la historia se estuviera pinzando la nariz y pudiera de verdad disculparse a través de las bocas de aquellos cuyos padres estuvieron corriendo de una vereda a la otra por la Brno checa. ¿Qué les podría hacer esto? Es tan solo una carta cortés, una mano para la reconciliación dada por aquellos que no hicieron nada, por aquellos que luego de la guerra se quedaron; para olvidar lo que llevaron y lo que trajeron. [...] Bueno, tiene que funcionar porque es verdad. Así fue y hoy resulta difícil negarlo. Hoy estas cosas se pueden admitir, los tiempos son otros. Estarán aliviados, terriblemente aliviados, porque al fin estarán en casa, sin miedo, y los de las altas esferas también estarán aliviados, a través del arrepentimiento se quitarán los pecados de sus padres, como diría Johanna. (398-399)

En esta búsqueda de sus allegadas para que el gobierno checo acepte la culpabilidad institucional por las deportaciones, Gerta no encuentra más que un condicionamiento al pedido de perdón. Al pedir perdón, el culpable ha cambiado esencialmente, pues no es el ejecutor de esos actos, sino aquel que ve esos actos como falta, y por ello “no es ya decididamente el culpable sino ahora otro, y mejor que el culpable. En esta medida, y con esta condición, no es ya al culpable como tal a quien se perdona” (Derrida, *El siglo y el perdón* 15). El pedido de perdón que puede llegar del ayuntamiento es un perdón relacionado con algún tipo de intercambio o de castigo, no necesariamente desde el orden jurídico, pero sí desde el político y ético (el reconocimiento de la expulsión como hecho atroz, el estudio histórico de los hechos, la desclasificación de documentos, etc.). Por ende, el acontecimiento excepcional del perdón no puede suceder.

## 2.2. Denemarková: una justicia que (no) tiene lugar

Con Tučková se ha podido observar cómo el tratamiento de la expulsión y el relato desde el punto de vista de una víctima complejiza la posibilidad del perdón aún en una manifestación futura de la culpa. ¿Es posible, sin embargo, ver justicia en el reconocimiento de la culpa? Las eventuales reparaciones, materiales o simbólicas, ¿hacen justicia sobre eventos tan radicales?

*El dinero de Hitler*, la segunda novela escrita por Radka Denemarková, es la primera novela de nuestro siglo que aborda el drama de la expulsión

de los alemanes. Con una narración tan cruda como poética, la autora descompone los caracteres del imaginario checo como víctimas absolutas de la guerra. Dicha descomposición del lugar de víctima con el que la sociedad checa se observó a sí misma es lo que la vuelve, en palabras del periodista Filip Noubel, una “hacker cultural” (Bertazza y Noubel s.p.). Denemarková abordará, a lo largo de la novela, la victimización, el pasado como un retorno de lo reprimido y la venganza colectiva e individual.

La novela retrata la vida de Gita Lauschmannová, hija del comerciante judío alemán Rudolf Lauschmann, quien vive con su familia en el pueblo de Puklice. Junto con su madre Ulrike y sus hermanos Rozálie y Adolf, son deportados al campo de concentración de Auschwitz. Con la liberación de Auschwitz, Gita busca reencontrarse con Adolf, el único sobreviviente de su familia. Por ello, regresa a Puklice, pero descubre que su hogar está ocupado por sus vecinos checos, y que todas las propiedades de su familia fueron embargadas. Aunque son judíos y han atravesado los horrores del campo de concentración, son considerados nazis dado que también son alemanes. El resto del poblado advierte su presencia y por ello un grupo de locales la secuestran. El líder de este grupo es Ladislav Stolař, un checo que también fue deportado a los campos de concentración y regresa a su pueblo con un profundo odio a los Lauschmann. Ya secuestrada y torturada, sus vecinos toman la decisión de dejarla morir de hambre. Con el personaje de Stolař, Denemarková hiperboliza el resentimiento de los sobrevivientes checos. A contracorriente de las novelas de Sedlmayerová y Řezáč, la naturaleza checa, pacífica y propia de una víctima, es sustituida por una violencia inflexible: “Tu familia es culpable y sanseacabó. Lo único que importa es en qué hablabais. Y *ausgerechnet* [por sobre todas las cosas] en vuestra casa a puertas cerradas se *sprachaba* [hablaba] en alemán a todas horas” (31). Pero frente a la violencia de Stolař también se encuentra cierta compasión, como lo muestra el personaje de “la Mujer”, hermana de Stolař. Ella usurpa la casa de Gita, pero la alimenta en secreto y la ayuda a escapar, aun cuando la culpabiliza por su origen:

- Eres alemana. Me suelta las mejillas. Con el delantal se limpia la mano, que tiene saliva de mi lengua.
- No lo soy. Tengo nacionalidad checoslovaca. Soy...
- Alemana.
- Bueno, y qué. Soy una alemana checa.

—¿Y eso qué más da? Eres checa, pero también eres alemana. (43)

A lo largo del relato, Gita jamás siente vergüenza ni siente la necesidad de ocultar su origen a los habitantes de Puklice. Sin embargo, no deja de manifestar el peso injusto que el pasado y sus raíces imponen sobre ella. Fugarse del aprisionamiento de Stolař no le otorga ningún alivio, sino la repetición del horror de Auschwitz, pues lo que le espera no es sino el destierro. Gita es interceptada por soldados a cargo de la deportación. En un tren, antes de llegar a un campo de prisioneros para la procesión, tiene una ensoñación con Rozálie:

Me agarro al brazo de la mujer cubierto por una manga de flores azules deslavadas. No le miro la cara. Imagino que quien me ofrece apoyo es la Virgen María de Puklice [...] la mano ha perdido su sedosidad juvenil. La piel ha encogido, una piel arrugada con manchas marrones y salpicada de pecas que le cubre los nudillos y el dorso de la mano. Me arden las mejillas y en mis oídos resuena la voz de Rozálie: "Hasta ahora nos hemos salvado, así que cállate". (52)

En esta primera parte de la novela, en lugar de explorar las vivencias dadas por el camino hacia la salvación, Denemarková indaga en el absurdo propio de un estado de guerra impuesto por los vencedores. Numerosos actos violentos ocurren durante esta procesión en el tren y, en presencia de una cruda violación, Gita no puede más que reírse a carcajadas.

Tras ser deportada, Gita logra construir una vida decente como doctora, tiene una hija y dos nietas. Pero en 2005, 60 años después las tragedias vividas, la Oficina de Documentación e Investigación sobre los Crímenes del Comunismo otorga una rehabilitación a sus padres, a partir de lo cual se sentencia que la confiscación de sus bienes había sido arbitraria. Gita, que buscó toda su vida escapar del recuerdo de Puklice, se siente convocada a limpiar personalmente el nombre de su familia. Regresa al pueblo en compañía de su nieta y de un abogado. Lo que anteriormente era su hogar se convirtió en un economato, al que entra y hace una compra, con el propósito de pedir el ingreso a la parte privada. Le cuenta a la encargada que es la hija de Lauschmann y que ese lugar era su casa hasta que se la robaron. De este modo, alerta a todo el pueblo de su presencia. Ahora bien, la intención de Gita no es la de realizar una demanda judicial. No desea recuperar sus propiedades, sino que en el pueblo se levante

una estatua en conmemoración a su padre. Una victoria que, antes que jurídica, debe ser moral, como expresa este pasaje que hace alusión a la Revolución de Terciopelo, el evento pacífico que da fin al comunismo: “Se acerca el instante en el que voy a levantar los dedos índice y corazón, y voy a abrirlas formando una v ancha y aterciopelada [...]. A ver si por una vez sois vosotros los que os reconcoméis en vuestra inseguridad. Lo que quiero es que erijáis un monumento en la plaza. A mi padre. Éste es el objetivo que tengo al alcance de mi mano. Y una sensación de plenitud a punto de materializarse” (80-81).

A través del objetivo de Gita, Denemarková deja de lado como tema del relato la victimización y la venganza, y elabora una cuestión tanto o más universal: el sentido y la posibilidad de la justicia. La rehabilitación moral que desea Gita permite poner en juego una distinción que Derrida establece entre la justicia y el derecho, algo que el propio filósofo examina como una asimetría intrínseca. Por un lado, se encuentra el derecho como región del cálculo y la mensurabilidad, que en tanto conjunto de principios y normas resulta deconstruible. Por el contrario, la justicia es en su determinación esencial indeconstruible, en la medida en que figura un mundo por fuera del cálculo del derecho, un mundo por venir que irrumppe, dado que no es inferido de ninguna regla ya establecida, y esta figuración es la que hace posible la deconstrucción como tal (Derrida, *Fuerza de Ley* 39-40).

Gita se reúne con el alcalde de Puklice, Stolař hijo, con Denis, hijo de la Mujer, y con el barbero Klein, que fue partícipe de su secuestro. Aunque Klein parezca un personaje secundario, evidencia lo irrelevante que es para Gita cualquier reparación jurídica, dado que en ningún pasaje de la novela ella lo acusa por participar en su secuestro e intento de asesinato. Por su parte, los checos de Puklice sí temen por la seguridad de sus propiedades. Por esta razón, anticipándose a un posible reclamo, Stolař joven y Denis sacan a la luz el pasado de la protagonista luego de su deportación, con el fin de cuestionar su capacidad mental para realizar cualquier reclamo o denuncia: en Alemania, Gita tuvo un hijo, Rudolf, que falleció y un marido, Adolf, que se suicidó. Además, obtuvieron información sobre la internación psiquiátrica que Gita padeció durante varios años. La repetición de los nombres no es fortuita, sino que subraya la repetición de la injusticia en la vida de Gita. El diálogo ocurrido durante la primera audiencia no solo está provisto de profundidad emocional, sino que desarrolla lateralmente la tensión de la memoria histórica en el pueblo checo (91-122). En el diálogo no hay un giro en los acontecimientos, sino en

la interpretación y apropiación de los hechos. Stolař hijo, que buscaba una confesión, se encuentra con una revelación. Gita no niega los hechos, relata con dureza el asesinato de su bebé a mano de tres hombres que irrumpieron en su casa para robarle y violarla, reconoce el suicidio de su marido, su propio intento de suicidio y cómo sobrepasó todo ello. La declaración de Gita coincide en cierto sentido con aquello que Derrida denomina la experiencia de una aporía, de un acontecimiento que no permite ser atravesado hacia un fin. Esta clase de experiencia son propias de la justicia, pues ella corresponde con una “experiencia de aquello de lo que no se puede tener experiencia” (*Fuerza de Ley* 38), lo que implica, en otras palabras, que los actos sufridos por Gita no tienen capacidad de reparación. Esta justicia únicamente puede exigirse, sin embargo, en ese mismo acto de enunciación que la manifiesta como algo incommensurable. Por eso, Gita acusa al propio Stolař como hijo de un asesino, “[n]o porque haga revivir mi pasado y desvíe la atención del suyo, sino porque hace revivir mi pasado para enterrar mi derecho a un presente” (Denemarková 107). Asimismo, otro elemento relevante en la reflexión derrideana aparece a través de Gita: la responsabilidad incalculable ante la memoria o la “herencia de un imperativo” (*Fuerza de ley* 45) que es necesario recalcular:

—Señora Lauschmannová, sólo quería poner las cartas sobre la mesa para que nos entendamos. Sin ases en la manga. No pretendía nada más, de verdad.

—Pues las cartas se nos han revuelto. Ha sido muy agradable vivir durante todos estos años como si eso no hubiera ocurrido. Vivir en un lugar donde nadie sabía nada sobre ello. Ni siquiera mi segundo marido lo averiguó, imagínese. Está juntando historias que no se pueden unir, para acosarme, para etiquetarme. ¿Como qué? ¿Como una nazi? ¿Como una nazi que merecía ser violada? Con una mentira así no se puede ir a ninguna parte. Tengo que irme. Otra vez por la fuerza, no podía ser de otra manera. Sin embargo, volveremos a vernos. No tema. Pronto. Pero ahora ya no voy a conformarme con un monumento, miserables. (Denemarková 118-119)

La reflexión de Derrida resalta que el desbalance entre derecho y justicia no disocia a uno del otro. Por el contrario, ese desbalance exige una asociación: “la politización obliga a reconsiderar, es decir, a reinterpretar los fundamentos mismos del derecho tal y como habían sido calculados o delimitados previamente. Esto fue cierto en la Declaración de los Derechos del Hombre, en la

abolición de la esclavitud, en todas las luchas emancipatorias” (*Fuerza de ley* 65). Con todo, en el reciente pasaje Gita no parece tener el deseo de imponer la justicia como derecho, es decir, esa tramitación jurídica que permitiría calcular su objetivo. Más bien, parece tener en mente una venganza. Ella separa, pero también disocia justicia y derecho, pues deduce que lo incalculable del daño demanda una reparación infinita:

—Doctora Lauschmannová, todo esto es una terrible y lamentable metedura de pata. Le ruego que le... que nos perdone. Por favor, acepte nuestras disculpas. Deberíamos retomar el hilo de nuestra reunión, si es que es todavía posible, y no encender más... emociones. Sugiero que hagamos una pausa. [...]

—No existe ninguna disculpa para esto. No voy a perdonar a nadie. Nunca. De algunas épocas de mi vida no hablo. Tras todos estos años tengo la sensación de que esas cosas le ocurrieron a otra persona, que no fue y no es asunto mío. Y usted, en vez de disculparse porque me robaron mi propio techo y me echaron de mi propia casa como a un perro sarnoso y famélico, saca tranquilamente y sin inmutarse esa carpeta negra. Se hincha las mejillas con aire fétido y de un soprido barre el espeso polvo de tantos años. Aviva crímenes que de hecho no tienen nada que ver con usted. Ha traído de vuelta a mi vida a esos tres imbéciles colocados. A los tres. Para que lo hagan de nuevo. (Denemarková 111-112)

En contraposición al personaje de Gita, incapaz de avizorar una reparación auténtica, en el final de la novela se enfatiza la figura de su nieta Barbora, quien tras la muerte de su abuela se encarga del proceso judicial. En ella, al contrario de Gita, el derecho se impone como la posibilidad más certera y necesaria:

Barbora se pasea por la ruinosa propiedad con los inversores. Entre dientes murmura un lema que ha impreso incluso en las tarjetas de visita y en el papel de cartas: “Si hay justicia, que sea absoluta”. Con una serenidad nada sentimental desencadena la lucha legal. Quiere que los habitantes de Puklice salgan corriendo como pollos desplumados, ahuecando las pocas plumas que les quedan. (201)

En este sentido, la “justicia absoluta” adquiere el cariz de una venganza legitimada y mensurable. Para Derrida, algo semejante respondería en sentido estricto a un derecho sin justicia. Así como Gita pagó por el pasado de su padre, Stolař hijo también lo hará.

Solo el personaje de Denis, que toma relevancia en el desenlace, logra comprender la visión de Gita. Su madre le confiesa que la ayudó a escapar, y además le revela que su tío y sus secuaces habían capturado y asesinado a Adolf Lauschmann poco antes de que Gita llegase a Puklice. Por una parte, la revelación de este secreto lleva a Denis a romper lazos con el resto de los habitantes de Puklice y acercarse a Gita. A pesar de la diferencia de edad entre ambos, se enamoran, y luego de la muerte de Lauschmannová, le ceden a Denis los diarios donde Gita buscaba reconstruir su historia familiar, que hasta el último día fue un peso. Por otra parte, la revelación de la Mujer conduce a Denis a identificarse con Gita por el peso de sus historias. Al igual que ella, Denis jamás hace pública esa confesión, pues también observa que no hay medida posible de reparación. Denemarková finaliza la novela dando cuenta de esto: “No es porque la historia llegue a su fin, sino porque se termina la provisión de palabras disponibles. Sí, eso es: con las palabras pueden cometerse muchos crímenes. Pero con ellas no se puede defender *nada*” (206). Aunque esta reivindicación pueda materializarse de modo jurídico o ético, bien mediante la restitución de las propiedades o bien limpiando el nombre del padre, la justicia termina por diluirse, a no ser que los eventos que la demandan continúen siendo considerados más allá de su dimensión calculable.

### 3. Conclusión

La deportación de los sudetos alemanes continúa siendo un tema de controversia, de investigación y de políticas de la memoria en la actual República Checa. Hemos visto cómo durante los primeros años de la posguerra la literatura representó con fidelidad el concepto de culpa colectiva, algunas veces con ciertos roces con la culpa moral individual (Sedlmayerová), otras en perfecta consonancia con la ideología imperante (Řezáč).

Sin embargo, la nueva literatura checa ha permitido desarticular dichas representaciones para observar críticamente el pasado de los checos y la mitología nacional que los ha definido como el “Corazón de Europa” y un pueblo pacífico (*cf.* Lucero). Las novelas de Tučková y Denemarková, al contrario de sus predecesoras sobre el tema, no tienen la intención de erradicar la culpa o de transferir la culpa colectiva de un pueblo a otro, sino de desplegar las complejidades inherentes a esta, con el fin de ponderar los límites del consuelo y la reparación de los crímenes cometidos.

Quisimos aproximarnos a estas novelas con las reflexiones derrideanas en la medida en que también conmocionan los límites conceptuales del perdón y de la justicia. Gerta y Gita experimentan esas fronteras de una manera angustiosa y se acercan a esos sentidos profundos o puros que permiten ser condicionados, y en sus casos, que no tienen un desenlace en su interior: Gerta no perdonar, porque no hay nadie a quien perdonar; Gita no deja de cargar con la culpa colectiva a pesar de los procesos políticos y jurídicos que reivindicaban a su familia, y sabe que su único acto concreto es el de una venganza. No hay en ellas ningún cierre del círculo, ninguna reparación profunda, y quizás este es el punto más audaz de estas escritoras, pues en esa falta de cierre la culpa deja de ser un tema de análisis psicológico para convertirse en un asunto cultural que no se puede evadir, dado que no tiene uno o más culpables determinados. Para decirlo en otros términos, la culpa no es tratada para denunciar los hechos en sí mismos, sino para mantener vivo el trabajo de la memoria. Esa es, en todo caso, la culpa colectiva que aparece en esta nueva literatura checa, y lo que le confiere su riqueza.

## Obras citadas

- Beneš, Edvard. "Dekret č. 5/1945 Sb: dekret presidenta republiky o neplatnosti některých majetkově-právních jednání z doby nesvobody a o národní správě majetkových hodnot Němců, Maďarů, zrádců a kolaborantů a některých organizací a ústavů". *Zákony pro Lídi*. Zákony pro Lídi, s.f., s. pág. Web. 3 de enero 2025.
- . *Odsun Němců z Československa: Výbor z paměti, projevů a dokumentů 1940–1947*. Praga, Nakladatelství Dita, 1996.
- Bertazza, Juan Pablo, y Noubel, Filip. "Radka Denemarková, una hacker cultural". *Radio Praga*. Radio Praga, 24 febrero 2021, s.pág. Web. 3 de enero de 2025.
- Chitnis, Rajendra. "'Moral Limits': The Expression and Suppression of Guilt in Czech Post-War Writing About the Borderlands". *Central Europe*, vol. 10, núm. 1, 2012, págs. 18-54.
- Denemarková, Radka. *El dinero de Hitler*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.
- Derrida, Jacques. *Fuerza de ley: el fundamento místico de la autoridad*. Madrid, Tecnos, 2008.
- . *Le parjure et le pardon: Seminare (1997-1998)*. París, Du Seuil, 2019.
- . *El siglo y el perdón*. Buenos Aires, De la Flor, 2015.

- Havel, Václav. "Dopis Václava Havla prezidentu SRN Richardu von Weizsäckerovi, 05/11/1989". *Václav Havel Library*. Václav Havel Library, s.f., s. pág. Web. 3 de enero de 2025.
- Jaspers. Karl. *El problema de la culpa*. Barcelona, Paidós, 1988.
- Judt, Tony. "The Past Is Another Country: Myth and Memory in Postwar Europe". *The Politics of Retribution in Europe: World War II and its Aftermath*. Editado por Istvan Deák, Jan Gross y Tony Judt. Nueva Jersey, PUP, 2000.
- Lucero, Jorge Nicolás. "Corazón de Europa': pequeña nota sobre la metáfora de la identidad checa". *Eslavia*, núm. 9, 2022, s. pág. Web. 3 de enero de 2025.
- Řezáč, Václav. *Nástup*. Praga, Československý Spisovatel, 1951.
- Sedlmayerová, Anna. *Dům na zeleném svahu*. Praga, Havlíčkův Brod, 1947.
- Staněk, Tomáš. *Poválečné "excesy" v českých zemích v roce 1945 a jejich vyšetřování*. Praga, Ústav Soudobé Dějiny, 2005.
- Táborská, Marika. "Vláda uznala zásluhu sudetoněmeckých antifašistů". *Irozhlas*. Irozhlas, 24 de septiembre de 2005, s. pág. Web. 3 de enero de 2025.
- Tučková, Kateřina. *Vyhnaní Gerty Schnich*. Praga, Host, 2009.

### Sobre el autor

Jorge Nicolás Lucero es doctor en filosofía por la Universidad de Toulouse-Jean Jaurès y la Universidad de Buenos Aires. En los últimos años se ha dedicado al estudio de la filosofía y la historia intelectual checa, con especial énfasis en Jan Patočka y Tomáš Masaryk. Forma parte de la Sociedad Argentina Dostoievski, una Asociación Civil dedicada a los estudios eslavos. Para la revista *Eslavia* coordinó dos números dedicados a la literatura checa escrita por mujeres (11 y 12, 2023).

Ha traducido el libro *Interioridad y Mundo* de Jan Patočka (en SB editorial, 2020) y cotraducido *El camino a la simplicidad* de Milena Jesenská para la editorial Vilnius (2024). Actualmente se desempeña como docente en la Universidad Nacional de Lanús y la Universidad Argentina de la Empresa.